



## SÉ QUIÉN ERES

Patricia Ferreira, 2000

Paloma, una joven psiquiatra, solicita el traslado a una residencia de Galicia. Allí conoce a Mario, un paciente afectado por el síndrome de Korsakov, enfermedad que borra de la memoria todo lo vivido apenas transcurridos unos minutos. Tras leer una noticia en un periódico, Mario hace una llamada telefónica. Poco después, dos hombres armados tratan de llevárselo. Paloma, cuyo interés por Mario trasciende lo profesional, lo impide y somete a su paciente a un tratamiento de choque. Los recuerdos de Mario horrorizan a ambos.

### Y AHORA, PASO A PASO

Un hombre de unos cuarenta años, probablemente un paciente, medita en una habitación, probablemente de un hospital. Voz de mujer en off: «Te contaré la historia tantas veces como haga falta. Aunque ya sé que ahora sólo oyes una voz y no escuchas las palabras. Pero yo volveré a empezar tantas veces como haga falta. Necesitamos que recuerdes porque tú ya no estás solo con tu historia».

Galicia 1999. Una mujer joven llega bajo la lluvia a una residencia rural para enfermos mentales. «Hola, soy Paloma Hernández, la doctora». Entra. Dirige una mirada panorámica, llena de ternura hacia los ancianos que pueblan el salón. Terraza. Ya no llueve. Afuera, el hombre que meditaba en su habitación, quiere hacer un alarde ante Paloma, saltando desde una escalera. Al caer, se disloca una muñeca. Su nombre es Mario.

Mario padece amnesia. Recuerda que nació en 1954, en Seixo, un pueblo de la ría de Pontevedra, pero no sabe cómo pudo llegar a su bolsillo el bolígrafo que le acaba de regalar Paloma. Recuerda la muerte de su padre en el mar y su marcha con su madre a Sudamérica, donde quedó huérfano. Su tío lo echó de casa. Ganó mucho dinero con negocios turbios antes de escapar al Líbano. «De Beirut volví a España; y de España, a Melilla, a la Legión. Ahí conocí a Sarah, mi mujer. La traje aquí y le puse un restaurante». Mario cree que está en Madrid y que tiene 23 años. Cuando Paloma lo obliga a mirarse en un espejo, Mario se vuelve y golpea la luna con su cabeza. «¡No soy yo!».

Paloma graba sus informes en cinta magnetofónica: «Mario Trillo, paciente de 45 años. Sufre amnesia parcial y pérdida extrema del recuerdo reciente. Cualquier cosa que ocurre en el presente se le olvida en cuanto algo lo distrae. Su amnesia retrógrada afecta a los últimos 22 años. Sin embargo, recuerda su vida con detalle hasta el 77. De pronto, ahí, sufre un corte radical».

Madrid 1999. Discoteca. Un matón provoca una pelea en la que mata a un hombre de un disparo. Ingresas en prisión, acusado de asesinato, pero tienes amigos influyentes que lo dejan en libertad.

Paloma viene de hacer algo de compra. Mario le dice un piropo sin reconocerla. Paloma. «Serías el amante ideal: contigo la rutina es imposible». Paloma siente un creciente interés por el caso de Mario. Según su expediente llegó a la residencia en 1987, procedente de un psiquiátrico de León, donde había ingresado en 1980 con antecedentes de alcoholismo agudo.

Paloma cree que Mario padece el síndrome de Korsakov: «Los pacientes son incapaces de grabar recuerdos en la corteza cerebral. Reciben la información, pero luego los circuitos se rompen. Por lo tanto, no pueden recordar lo que les acaba de suceder. Pero todos los recuerdos anteriores a la enfermedad permanecen intactos».

A través de la ventana, Paloma ve cómo Mario, en la playa, se desnuda y se mete en el mar. Acompañada de dos auxiliares, Paloma corre a la playa y grita hacia el agua. Su alarma contrasta con la tranquilidad de los enfermeros, sin duda acostumbrados a esta práctica del enfermo. Mario sale, completamente desnudo y mira sonriente a Paloma, con un gesto lleno de inocencia.

En Madrid, el matón, que se llama Ginés, es degollado en los servicios de la discoteca. Al ver la noticia en los periódicos, Mario sufre un arrebato. Sube a su habitación y hace una llamada telefónica: «Soy el Moro. Han matado a Ginés, aquí lo dice». Al otro lado está el comisario Paco Mejía, el hombre que sacó a Ginés de la cárcel. Mario cae inconsciente. Cuando se recobra, está en la cama, atendido por Paloma. Mario: «¡Ayúdame! ¡No me dejes! Pase lo que pase. Prométemelo».

Aunque Mario no ha podido decir desde donde llama, el número ha quedado registrado en el teléfono de Mejía. Dos hombres se presentan en la residencia para llevarse a Mario. A pesar de que uno se identifica como el inspector de policía Estévez, Paloma se niega a entregarles al paciente. Más tarde, ve a Estévez solo en el coche y corre a la habitación de Mario. El paciente está haciendo la maleta. Paloma trata de impedirlo. El falso policía forcejea con ella. Mario sale en defensa de Paloma y arroja por la ventana al intruso, que cae sobre el coche del supuesto inspector. Mario y Paloma huyen en el coche de ella, perseguidos por los disparos de Estévez.

Paloma hace una parada. Sufre una crisis de llanto. Mario le pregunta cómo se llama y trata de consolarla. Paloma lleva a Mario a la clínica madrileña donde trabajaba. Quiere que Jaime, otro médico, la ayude con el diagnóstico. Aprovechando que Jaime sale del despacho, Paloma llama a la residencia para dar algunas instrucciones. Le sorprende saber que la policía no ha vuelto por allí. Sus recomendaciones sobre la medicación de alguno de los enfermos le sugiere una idea. Abre la vitrina y coge unas pastillas. Cuando vuelve Jaime, Paloma le da su opinión respecto a Mario: En 1977, sufrió un choque emocional y por eso se niega a recordar nada desde aquella fecha; luego, empezó a beber y desarrolló el síndrome de Korsakov.

Jaime y Paloma habían sido más que colegas hasta que ella decidiera abandonarlo. Él no disimula sus reproches y le habla con una superioridad insultante. Mientras discuten en el pasillo, Paloma ve en un cenicero un cigarrillo igual al que Estévez dejó en su despacho y barrunta la presencia en el hospital del falso policía.

Paloma ve a Estévez. Lo persigue, pero no logra alcanzarlo. Asustada, saca a Mario del hospital y lo lleva a una granja de Segovia, donde su amiga Coro trabaja como veterinaria. Coro los aloja en un caserón deshabitado. Paloma: «No sé por qué lo buscan, pero no es a él, al enfermo recluido en un psiquiátrico, sino al hombre que fue hace tiempo. Debió de ser un tipo interesante al que le pasó algo que decidió olvidar de su memoria». Paloma piensa someter a Mario a un tratamiento a base de anfetaminas que, por un efecto paradójico, en vez de excitarlo, deben tranquilizarlo. Cree que así conseguirá fijar su atención. El problema es que, debido al acoso, dispone de poco tiempo y tendrá que probar con dosis muy altas para que el efecto sea más rápido.

Mario hace dibujos de Sarah. Sabe que está en Madrid, en su restaurante del Rastro. También dibuja otras cosas. Recuerda una casa, mucho humo, una fiesta de cumpleaños. «Yo no puedo hacer nada. Se van a morir, ¡todos! ¡Todos van a morir! Los niños también. ¡Va a estallar!». Mario abraza a Paloma, como si quisiera protegerla de una explosión.

Paloma busca en la Hemeroteca algún hecho de 1977 que se ajuste a los recuerdos de Mario: una explosión en la que murieran varios niños. No lo encuentra en la sección de Sucesos, pero la funcionaria le sugiere buscar en Orden Público: «Numerosos atentados contra librerías en toda España. Oleada de cartas-bomba firmadas por los Guerrilleros de Cristo Rey. Dos estudiantes muertas en Madrid durante manifestaciones ilegales. El GRAPO secuestra al teniente general Emilio Villaescusa. Individuos armados ametrallan un despacho de abogados laboristas. La policía borró las huellas de sangre del lugar donde fue asesinado Arturo Ruiz. Asesinados de un disparo en la sien dos miembros de la policía armada. El GRAPO asesina a un guardia civil y hiere a otros tres. Fuerza Nueva afirma que suplirá, en caso necesario, las deficiencias del poder... Atentado contra el Ejército: la explosión de una bomba mata a ocho militares, una mujer y dos niños de corta edad». En el atentado murieron la esposa y los hijos del comandante Ortaola.

Paloma habla con Álvaro Ortaola, hijo y hermano de los fallecidos. Le enseña los dibujos de Mario en los que se recrea el atentado. El capitán es escéptico hasta que en uno de los dibujos ve una tarta de cumpleaños, detalle que sólo podía conocer alguien que hubiese estado allí porque era una sorpresa.

Paloma va al Rastro y habla con Sarah. Estévez, que vigila el restaurante, sigue después a Paloma. En el caserón, Paloma prepara una cámara de vídeo y pide a Mario que le cuente algo. Mario recita un poema árabe: «Apareció primero en el reino inanimado. Después vino al mundo de las plantas. Luego, penetró en la existencia irracional de los animales. No recordaba nada de su vida vegetal, pero se sentía atraído por las flores, igual que los niños buscan el pecho sin saber por qué. Otra vez, el sabio creador lo levantó de su animalidad hasta la conciencia humana y ahí se hizo inteligente, astuto, listo, como lo es ahora. No guarda memoria de su pasado, pero este olvido no durará siempre. Despertará de su profundo sueño convertido en fiera y sus malas pasiones serán cada una como un lobo aullante que le despedazará miembro a miembro». Al terminar, llama a Paloma por su nombre. Sabe quién es: «Tú me cuidas, me ayudas, te ocupas de mí». Esa noche, hacen el amor.

En Madrid, Estévez enseña a Mejía las cintas grabadas por Paloma en las que Mario recuerda el atentado del Club Militar. Mejía: «Ya no hay tiempo. No puedo correr más riesgos. Ni yo, ni nadie».

El teléfono despierta a Paloma. Es Álvaro Ortaola, que quiere hablar con ella. Paloma está en la cama. Se levanta, desnuda. Entra Mario, que la contempla asombrado, como si la viera por primera vez. Paloma se cubre.

Reunión de oficiales. El general Salgado desea suerte en sus nuevos destinos a los recién nombrados capitanes, entre los que está Ortaola. Luego, pasan al sarao de despedida preparado por el general Miguel Sánchez. Entre Sánchez y Álvaro hay una relación familiar: «Álvaro, quiero que sepas que me siento orgulloso de ti. Como lo hubiera estado tu padre. –Miguel, ¿por qué hemos hablado tan poco de él? –El dolor no ayuda a vivir el presente».

Coro va al caserón para cuidar de Mario mientras Paloma está en Madrid. Coro sugiere a Paloma que coja su coche. Álvaro se ve con Paloma en una cafetería: «Quiero que me lleve a ver a ese hombre. –¿Cómo sé que no ha avisado a la policía? –(Sonríe; luego, se queda serio) ¿Cómo sé yo que usted no es una terrorista que quiere tenderme una trampa? Pongamos las cosas claras. Usted quiere averiguar por qué buscan a ese hombre. Yo quiero saber todo lo que haya que saber sobre la muerte de mi familia».

De camino al caserón, Álvaro pone a Paloma en antecedentes: «Era el lugar habitual donde mi padre y sus compañeros se reunían. Pero ese día era su cumpleaños. Por eso estaban allí mi madre y mis hermanos. Querían darle una sorpresa. –He leído que los terroristas murieron. –Uno murió en el atentado. A otro le cogieron y se suicidó en la cárcel. La muerte es un remedio para muchas cosas. Así no he tenido que pasar por la experiencia de encontrármelos por la calle. –Fue un grupo de ultraizquierda, ¿no? Los Comandos de Estudiantes. –¡Fue un grupo de malnacidos!». Cuando llegan, el caserón está en llamas. Álvaro fuerza la puerta. Mario logra salir, pero no Coro, que muere abrasada.

Álvaro lleva a Mario y Paloma a un hotel. Luego, en su casa, habla con su esposa: «Sólo yo y alguien que estuviera allí sabía que mi hermana ese día le llevaba una tarta de cumpleaños a mi padre». Álvaro va a los archivos, donde trabaja Marisa, que fue secretaria de Ortaola. Marisa guarda algunos recuerdos del que fuera su jefe. Álvaro cree que Marisa sabe algo: «¿Por qué les mataron? –Quizá no querían matarles. –¿¡Qué!? –Quizá sólo iban contra tu padre. –Mi padre no era un mando. ¿Por qué iba a querer asesinarle un grupo de ultraizquierda? –Esos grupos estaban infiltrados. La policía metía allí a sus hombres, pero en realidad nadie sabía quién los manejaba. –¡Claro que lo sabíais! ¿Cómo no lo ibais a saber?».

Hotel. Paloma intenta que Mario recuerde lo que pasó en el Club Militar. Mario recuerda sus manos preparando una bomba de relojería.

Casa de Marisa: «Ese invierno, Sánchez y tu padre tenían a su cargo evaluar lo que llamaban el estado de opinión en los cuarteles. Se trataba de saber quién podía tener fuerza dentro del Ejército para parar la transición». Ginés observa las manipulaciones de Mario, que coloca la bomba sobre la cisterna de los servicios. Marisa: «Tu padre detectó un plan para dar un golpe de Estado si se legalizaba el

Partido Comunista. No era una cosa de dos o tres locos. Había mucha gente dispuesta y preparada para hacerlo, y no sólo militares. Y había mucho dinero para organizarlo. Se trataba de evitar a toda costa que se celebraran las elecciones con normalidad. Entonces elaboró un informe para denunciarlo».

Ginés sale de los servicios. En el salón, están reunidos los militares. Voces en off: «¿A quién entregó el informe? –A nadie. No le dio tiempo». Ginés se cruza con la mujer y los hijos de Ortaola. La pequeña lleva una tarta. Levanta la vista y su mirada se cruza con la de Mario. La niña lleva la tarta hasta la mesa, sopla las velas, todos cantan la canción del muchacho excelente. Ginés urge a Mario, que no reacciona. Se dirigen a la puerta, donde les espera un cómplice. Salen. La bomba estalla. Ginés rueda por los suelos, el de la puerta es engullido por el humo.

La cámara deja de ser subjetiva para mostrar la explosión en toda su espectacularidad: el estallido de la puerta desde una vista frontal, el vuelo del cómplice desde un lateral, Ginés delante en una nube de humo, otro cómplice saliendo del coche para ayudarlo, el muerto en el suelo desde el ángulo contrario, la niña en la puerta, en un plano casi frontal y próximo.

Hotel. Mario: «Y no era la primera vez. A Ginés y a mí nos habían ordenado infiltrarnos en un grupo de izquierdistas, chavales radicales, ¡querían cambiar el mundo! –(Paloma solloza con rabia) ¡Joder! ¿Por qué lo hiciste? –No sé, por dinero. Era un trabajo, cumplíamos órdenes. –¡No te acerques a mí! –¿Me tienes miedo? Soy un monstruo, sí». Se va. Paloma no puede contener el llanto.

Paloma reproduce ante Álvaro la cinta con la confesión de Mario. Van al restaurante de Sarah. Allí está Mario. Álvaro lo zarandea, lo insulta, pero Mario no sabe por qué. Paloma le recuerda el atentado. «¿Te acuerdas de quién daba las órdenes? –¿Por qué quieres que me acuerde? –(Con la voz quebrada por el recuerdo de Coro) Porque continúan matando. Y los siguientes somos nosotros. –Yo hace tiempo que tendría que estar muerto, pero tú, ¿por qué? –Porque piensan que lo sé todo. ¡Mario, sólo tú puedes ayudarme!».

Mesa con estuches de anfetaminas. Voz de Mario: «Ginés y yo estuvimos casi un año infiltrados en ese grupo. Yo les enseñaba fabricación de material y manejo de armas. Nuestros jefes se ocupaban de todo. Dinero, armas, documentos, teníamos todo. No sé los nombres, figuraban en clave. Tenían que protegerse, imagínate, policías, gente importante. Yo también quería protegerme». Se levanta, va hacia la pared y abre una pequeña tapa camuflada. Saca unos papeles que entrega a Paloma: «Toma. Si nos encuentran, tú sabrás qué hacer con esto». Son órdenes, lugares. Mario sufre un desvanecimiento. Álvaro también parece conmocionado a la vista de un papel que arruga en su mano.

Despacho del general Sánchez. Álvaro: «Sé que es difícil de creer, pero estoy seguro de que tuvo que haber más gente. Y los tenemos en casa. –Mira, Álvaro. En aquellos años, hijo mío, había gente capaz de muchas cosas. Pero eso que tú dices no pudo suceder. Es una locura. Y suponiendo que tuvieras razón, ¿qué podríamos hacer ahora? Esos que tú piensas que lo hicieron serán ancianos retirados, al borde de la tumba. –No, Miguel, no es sólo eso. Es gente con poder para matar. Van a hacer lo posible por eliminar a ese testigo. Tú sabes, que no es gente acabada. –¡Capitán, no se precipite! Estudiaremos hasta el último detalle, pero con seriedad, con pruebas. Y con discreción absoluta. Ahora lo más importante es

proteger al testigo. Hay que llevarle a una de nuestras casas donde pueda estar vigilado. –¿Llegarás hasta el final? –Yo siempre llego hasta el final».

Sánchez en su casa da órdenes a Mejía: «No hagáis nada hasta una hora después de que me haya ido. Tiene que parecer una huida». También está Estévez. Lllaman a la puerta. Son Álvaro y Salgado. Sánchez: «¿Dónde está el testigo? –No va a venir, pero te manda esto». Álvaro le enseña una de las cartas guardadas por Mario. En ella se lee: «No hay más alternativa que la propuesta. Entra al fontanero a la cafetería del club. 13/2/77. Los dos solos». Álvaro: «Si no me hubieses escrito tantas cartas, quizá no hubiese reconocido tu letra. –¿Qué juego es éste? –¿Fue así como diste la orden de matar a mi padre? –Yo no di ninguna orden. Yo sólo las cumplo. –¡Eres un maldito hipócrita! –Hice lo que tenía que hacer. –¡Era tu amigo! – ¡Era más que un amigo! ¡Era mi hermano, mi camarada! Y era un traidor. [Álvaro lo coge por las solapas; Sánchez lo aparta] Yo entonces estaba en mi puesto. Defendía la bandera y una idea que juré. [A Salgado] ¿Dónde estabas tú? ¿Qué arriesgaste? Tú comías en los dos pesebres». Salgado sugiere de un modo velado que Sánchez debería suicidarse. Así lo hace. Saca su pistola, la introduce en su boca y aprieta el gatillo. Mejía sale de la sombra. Salgado retira a Álvaro: «Tranquilo, muchacho. El comisario Mejía y yo nos encargamos de todo. Las cosas hay que terminarlas bien».

Cementerio. Salgado ante el féretro de Sánchez: «Que tu vida sea para todos nosotros un ejemplo de hasta donde pueden llegar la entrega y el sacrificio. Recordemos todos, más allá del mérito de tus palabras, el valor de tus silencios. Silencio y discreción que siempre pusiste por encima de tus intereses y de tus merecidos derechos». Álvaro abandona el cementerio solo, llorando.

Álvaro ha renunciado a su carrera. Está junto a Paloma, en el sanatorio de Galicia. Los dos quieren seguir investigando la historia de la transición a través de Mario. Paloma entra en la habitación del enfermo: «No sé si ahora puedes escucharme, pero yo volveré cuantas veces haga falta. Porque necesitamos que recuerdes. Tú ya no estás solo con tu historia. Hasta pronto, Mario». Coge su bolso y se da media vuelta; él se levanta. «¡No te vayas! Sé quién eres». Paloma esboza una sonrisa. Luego, se queda seria, preocupada.

## RESCATAR LA MEMORIA

Después de dos décadas dirigiendo documentales para televisión, Patricia Ferreira debutó en el cine con esta historia difícil y crispada, que supo relatar con inteligencia y sensibilidad adultas, algo bastante inusual en los tiempos que corren.

*Sé quién eres* fue nominada al Goya a la mejor dirección novel, pero ese año arrasó Acheró Mañas con *El Bola* (los niños conmueven más) y se tuvo que conformar con el premio concedido a José Nieto por una música que invita a permanecer sentado hasta el final de los créditos, aunque sea con los ojos cerrados. Mejor con los ojos cerrados.

El guion original, de Inés París y Daniela Fejerman, fue adaptado por Patricia Ferreira y Enrique Jiménez, que contaron con la colaboración de Manuel Gutiérrez Aragón. «Lo que estaba pasando aquel invierno de 1977 está en los periódicos; o sea, que para documentarse sólo había que hacer lo que hace Paloma: buscar. Lo complicado era unir esa realidad con la trama concreta de *Sé quién eres*. En lo que me sentía insegura es en saber cómo son los militares. Necesitaba alguien que me explicara algo de su psicología como personajes. Luis Otero, miembro de la UMD, me ofreció toda su colaboración». Patricia Ferreira, *Versión española* 19/04/02

La historia está contada como un gran flashback, sin que este recurso narrativo, como ocurre tantas veces, aporte al espectador otra cosa que un ligero desconcierto, lógico cuando algo se empieza por el final. Habría quedado mejor desprovista de paréntesis, contada de principio a fin, desde la llegada de Paloma a la residencia hasta esa sorprendente declaración final que es el arranque de una nueva historia.

No es la única objeción que cabe hacer a un texto demasiado pendiente de los golpes de efecto. Por ejemplo, cuando Mario sonríe con la mayor inocencia mientras sale del agua completamente desnudo; o cuando oculta como un colegial el papel donde escribe: «Quiero tu olor junto al mío». En ambas ocasiones se muestra a Mario como si la enfermedad lo hubiera anclado en la infancia, olvidando que Mario mantiene los recuerdos de un joven de 23 años cuya vida hasta ese momento había sido bastante ajetreada: trapicheos, viajes, legión, matrimonio...

Otro tributo indebido es el que se dedica a la frase resultona. Hay un momento en que Mario, sin reconocer en Paloma a la doctora que lo está tratando, le dice un requiebro. La chica reflexiona en voz alta: «Serías el amante ideal: contigo la rutina es imposible». Paloma cree que la circunstancia de que Mario pueda dirigirse una y cien veces a la misma mujer como si fuera la primera promete una actitud fogosa e ilusionada en cada encuentro. La paradoja está en que Mario siempre repetiría la misma conducta. O sea, que para él, la mujer sería nueva, pero para ella el hombre siempre sería el mismo y, por tanto, la rutina. De esto tiene una pequeña prueba cuando Mario alaba sus ojos dos veces consecutivas; el gesto de Paloma revela que una tercera vez ya le resultaría cargante. Aparte de equivocada, la “gran frase” es pesimista, al suponer que cualquier evolución en la pareja conduce de un modo inexorable a la rutina.

Lo que no admite paliativos es el cliché del siniestro Estévez, cuyas apariciones caen de lleno en el tópico del malo, desde su afición a dejar algún signo que haga su rastro fácilmente reconocible, hasta su pésima puntería al disparar contra los protagonistas (se podría haber ahorrado el mal efecto haciendo que Paloma y Mario salieran un poco antes, de modo que Estévez no tuviera opción a disparar sobre un blanco tan próximo).

Otro personaje típico es el de Coro, la amiga buena, reconocible como víctima colateral ya desde su primera aparición.

Nada de lo anterior debe, no obstante, empañar la sensación de haber visto una buena película, donde los aciertos son muy superiores a los deslices. Moraleja: lo importante no es recobrar la memoria, como Mario, sino rescatarla, como Ferreira.

#### REPARTO Y FICHA TÉCNICA

Mario .....	Miguel Ángel Solá
Paloma .....	Ana Fernández
Álvaro .....	Roberto Enríquez
Coro .....	Ingrid Rubio
Ginés .....	Manuel Manquiña
Encarna .....	María Bouzas
Mejía .....	Gonzalo Uriarte
Estévez .....	Luis Tosar
Sarah .....	Victoria Peña
Sánchez .....	Jordi Dauder
Salgado .....	Héctor Alterio
Marisa .....	Mercedes Sampietro
Historia .....	Inés París, Daniela Fejerman
Guion .....	Patricia Ferreira, Enrique Jiménez, Manuel Gutiérrez Aragón
Fotografía .....	José Luis Alcaine
Música .....	José Nieto
Dir. Artística .....	Josep Rosell
Edición .....	Marcela Sáenz
Producción .....	Gerardo Herrero, Tornasol Films

[Otras películas españolas](#)